

NO ESTÁS SOLA

—No tengo miedo a morirme— me dijo—. Lo que realmente me da miedo, es morir sola. Bueno, morir sola y el dolor. Eso también.

Eso fue lo que me dijo el primer día tras presentarme.

Estaba en la cama, la más cercana a la ventana. El cable del oxígeno salía desde la pared emitiendo un constante ruido de fondo. En la habitación no había nadie más. Al lado tenía una mesita y sobre ella sólo una botella de agua. De las barreras alzadas de la cama colgaba el mando de alarma para avisar a la enfermera si necesitaba algo.

Yo aparecí, como todos, escondida tras un disfraz blanco que me cubría el cuerpo entero, más dos mascarillas y una pantalla. Tres pares de guantes sobre las manos. Mi nombre escrito con un rotulador sobre el mono y una flor dibujada al lado, tal vez para tratar de despertarle una sonrisa.

—¿Es usted Josefa Martínez?— le pregunté.

—Eso creo— me dijo con voz apagada—. Aunque no me reconozco mucho.

Solo podía verle los ojos. Tenía 73 años, pero parecía más mayor. Su pelo corto despeinado sobre la almohada dejaba entrever las raíces de las incipientes canas que el tinte ya no lograba cubrir. Pero aún así me pareció una mujer bella. Debía haber sido realmente guapa. Se la veía cansada pero aún así mantenía cierto aire de aceptación calmada.

—Pues yo la veo bien Josefa— le dije—, teniendo en cuenta las circunstancias.

—Pues esa es la cuestión— respondió—, las circunstancias. Tengo setenta y tres años y es la primera vez que me veo enferma y sola. Salí de mi casa hace una semana en una

ambulancia, con lo puesto, sin teléfono ni bolso ni nada mío y allí se quedó mi marido, también solo. No he podido volver a verle.

—Están todos informados— le contesté—. Su médico habla con ellos.

—Lo sé. Si como te decía, yo no tengo miedo por mí. Cada día va siendo ya un día ganado a tu destino. Lo que me preocupa es mi marido. Se mareaba de vez en cuando. Y esta situación... Nunca nos hemos separado en cincuenta años ¿sabes?

—Sí. Nadie habría podido imaginar algo así...

Estuve yendo a verla a diario durante dos semanas. Ella me esperaba con ganas creo. Conseguimos que permaneciera sentada sin fatigarse demasiado, luego de pie sin marearse, dar de nuevo unos pasos alrededor de la cama, respirar mejor...

Pero de repente, empezó a empeorar de nuevo y un día no la encontré.

Me puse nerviosa y salí en busca del personal de la planta aunque reconozco que a la vez me daba miedo preguntar...

—Ha empeorado — me dijo una enfermera preocupada—. Está en la UCI.

El corazón me dio un vuelco. Se supone que no debo crear un vínculo estrecho con los pacientes pero “¿cómo haces para no conectar con esas personas cuando en ese momento tú eres de los pocos que tienen a su lado?

Me quité todo el equipo de aislamiento con el mismo protocolo de siempre. La pantalla, luego el gorro, la primera mascarilla y después el mono, tratando de no contaminar mi ropa de debajo al hacerlo. Y luego salir corriendo a la UCI para ponérmelo todo otra vez.

Una idea me invadía la cabeza, una urgencia... Llegar a tiempo.

“Ella no quería morir sola” me decía a mi misma una y otra vez. Y ella no les ha contado, porque no ha podido, cómo conoció a su marido, ni a qué se dedican sus hijas, ni los años que tienen sus tres nietos. No les ha contado que echa de menos comerse las torrijas de este año y volver al balneario con su marido en verano, porque le va fenomenal para el dolor de espalda. No les ha contado que normalmente no tiene el pelo tan canoso porque su hermana le pone siempre su tinte color caoba...

Estaba sedada cuando la vi. Un tubo salía de su boca conectado a una máquina que respiraba por ella y el resto de cables, pantallas, pitidos...

—Soy la fisioterapeuta que la ha estado tratando en planta— le dije al enfermero que anotaba los datos en su gráfica—. ¿Cómo esta?

—Han podido intubarla, que no es poco— me dijo serio—. Y ahora está estable. Hemos avisado a su familia y hemos hablado con su marido.

—Tomás— le dije—. Su marido se llama Tomás.

Ella no pudo verme, claro. Pero yo le cogí la mano, me acerqué a ella y le dije:

—Josefa, estoy aquí. Tu enfermero se llama Martín y es muy alto y guapo. Y tu médico es el doctor González. Y ya han hablado con Tomás.

Josefa, no estás sola. Porque hace meses yo tampoco pude despedirme de mi madre cuando este virus se la llevó. Pero sé y necesito saber que ella tampoco se fue sola porque alguien como nosotros hoy, estuvo con ella, a su lado. Y que ella formó parte de alguien nuevo que llegó a su vida como tú hoy formas parte de la nuestra, de la mía.

No estás sola Josefa... No estás sola.

(Raquel)